

considero más propia suya: la de su doloroso estupor y amargura ante la vida y la muerte de los que amaba. Son tres criaturas distintas: la que canta a los niños, la que se dirige a los mundos físicos y amistosos de su andadura y la que exclama, suspira, llora o se desespera con sus íntimos dolores. Queda, además, la gran escritora de prólogos, de artículos periodísticos, ensayos, prosas de la categoría de su elogio al cielo de Castilla, que es lo más hermoso que se ha escrito para él.

Oíd unos párrafos del mismo:

«...se cae dentro de un casco seco y luciente... Se ha llegado, de veras, al reino de las metáforas de Santa Teresa, y aquélla que nos cubre es una piedra preciosa, el diamante que ella contó... «Mejor que cubrir este cielo, rodea. Es tan grande, que no resulta techo, sino ámbito, hondura de campana o de valva y también una vestimenta repentina de aseo sobrenatural que nos dignifica con sólo caer sobre nosotros. Viajero sudamericano, que no mire la tierra por famosa que sea la terrible meseta.

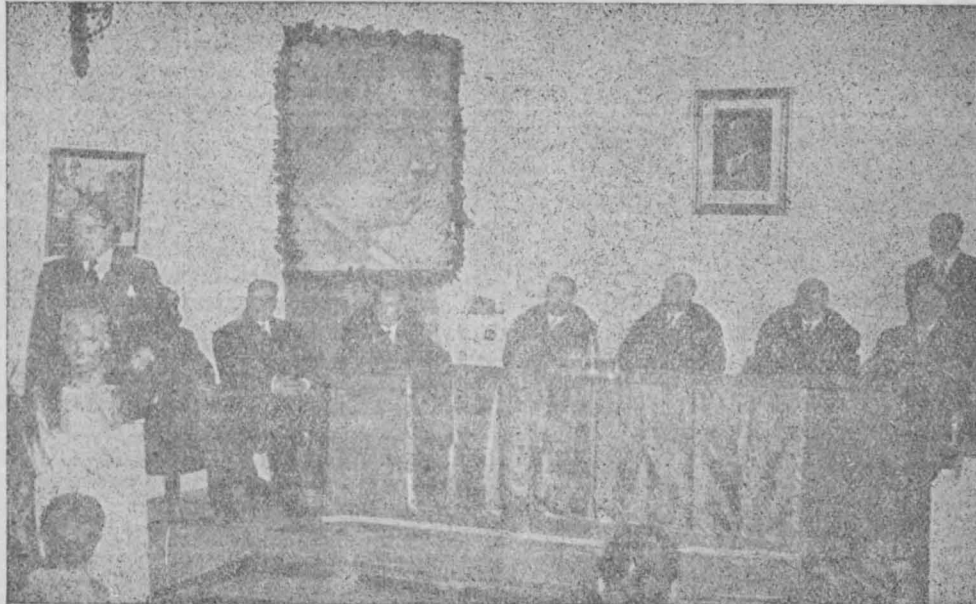
...El viajero mida el cielo; vale el viaje él sólo; tal vez no se lo encuentra más en otra parte. Se necesita de una fantástica sequía del suelo para que la atmósfera llegue a tener esta castidad cabal, para que devore así vahos y nieblas. La transfiguración teológica de este cielo significa una obra maestra de eso que llaman la geografía física. La tierra renuncia casi a toda materia espesa para que el aire se parezca lo más posible a los aires celestes, a aquéllos que los místicos contaron y describieron como otra meteorología real. El cielo de invierno es de un azul riguroso y que se diría quieto químico —de sulfato de cobre—; no hay condescendencias en esa espada en reposo que han tenido para guardar a la meseta de todas las sensualidades. Ese cielo no recibe nada en su lonja de tierra y ningún resuello industrial o zoológico. Parece pensado y logrado por los «Ejercicios Espirituales» de Loyola, y es, como ellos, la voluntad fría de una orden y de una norma absoluta.»

Y termina:

«Una que no te puede amar la costra telúrica, Castilla

árida, afligida Castilla, Niobe al revés, de ojos secos, te quiere el cielo, presencia grande de su noche y purificación de sus días.»

La primera persona que me habló de Gabriela Mistral como de amiga muy conocida, fué nuestro insigne Enrique Díez-Canedo, editor de mi libro primero: «Parece un Obispo» —me dijo—. Es muy alta, y muy solemne, y muy pausada. Luego, otra amiga de ella y mía, me dijo: «¡Es tan triste! Sólo de estar a su lado se baña una de melancolía.» Las dos cosas eran ciertas; era alta, y solemne, y pausada, y era triste, pero cuando se reía, cuando de repente brotaba su risa dejando al descubierto su blanca y hermosa dentadura, Gabriela era una niña; la niña más bella que ojos de la tierra contemplaron. Os lo digo yo. Morena, con ojos enormes y verdes, sombreados, de pestañas negras y largas, con cejas perfectamente dibujadas, un aire entre ausente y atento, acentuado por el desaliño limpio de su melena grisácea; la poetisa hablaba con una voz densa, monótona, que, al decir sus versos,



Presidencia en el acto en memoria de Gabriela Mistral, e intervención de D. Clemente Palencia

detenía la circulación de todo lo que la acompañaba para estatificarlo respetuosamente. No había prisas con ella. No había tiempo. Era como una parte de la creación, en la cual nos sentimos vivir fuera del mundo.

Así la recuerdo yo cuando vivía en Madrid.

¡Qué gran cosa que Toledo nos haya reunido para recordarla con amor y devoción! Toledo es una capital eterna del espíritu, una fortaleza y una encrucijada de todos los tiempos. Tiene su voz propia, su gran lenguaje de siglos. Ninguna ciudad como ella, de no ser Avila, para hablar de Gabriela Mistral, la que dominaba el idioma eterno de España como una nativa abulense o toledana; una castellana, en resumen, inmortal.

Para terminar (y yo podría hablaros de Gabriela muchas horas aún), os leeré el poema que le ofrecí cuando su Premio Nóbel, y que figura en el LIBRO HOMENAJE que para ella compuse con la colaboración de dos o tres que la conocieron personalmente, y de otros amigos que la admiraban en su obra.

JUAN EMILIO ARAGONÉS. HABLARÁ PARA "ESTILO"

Juan Emilio Aragonés nació en Sabiñánigo (Huesca) el día 24 de Junio de 1926. Desde 1940 reside en Madrid. Tiene publicados tres libros, dos de poesías y uno de ensayos, titulado este último "El Teatro y sus problemas" y por el que le fué otorgado el Premio Nacional de Teatro a la mejor

labor literaria en favor del arte dramático en 1955. En 1954, un trabajo aún inédito —"Autos Sacramentales de tema mariano"— obtuvo para Aragonés el accésit al Premio Nacional de Literatura.

Su dedicación esencial es el teatro. Ha ejercido la crítica en

las revistas "Juventud" y "Alcalá", y actualmente lo hace en "Mundo Hispánico" y "La Hora". Es colaborador en diversos diarios y revistas literarias.

Empecinado concursante, tiene premiadas obras teatrales en un acto, cuentos, poemas y artículos.